Infantes de Lara

Historia de los siete infantes de Lara

Madrid

[1893?]

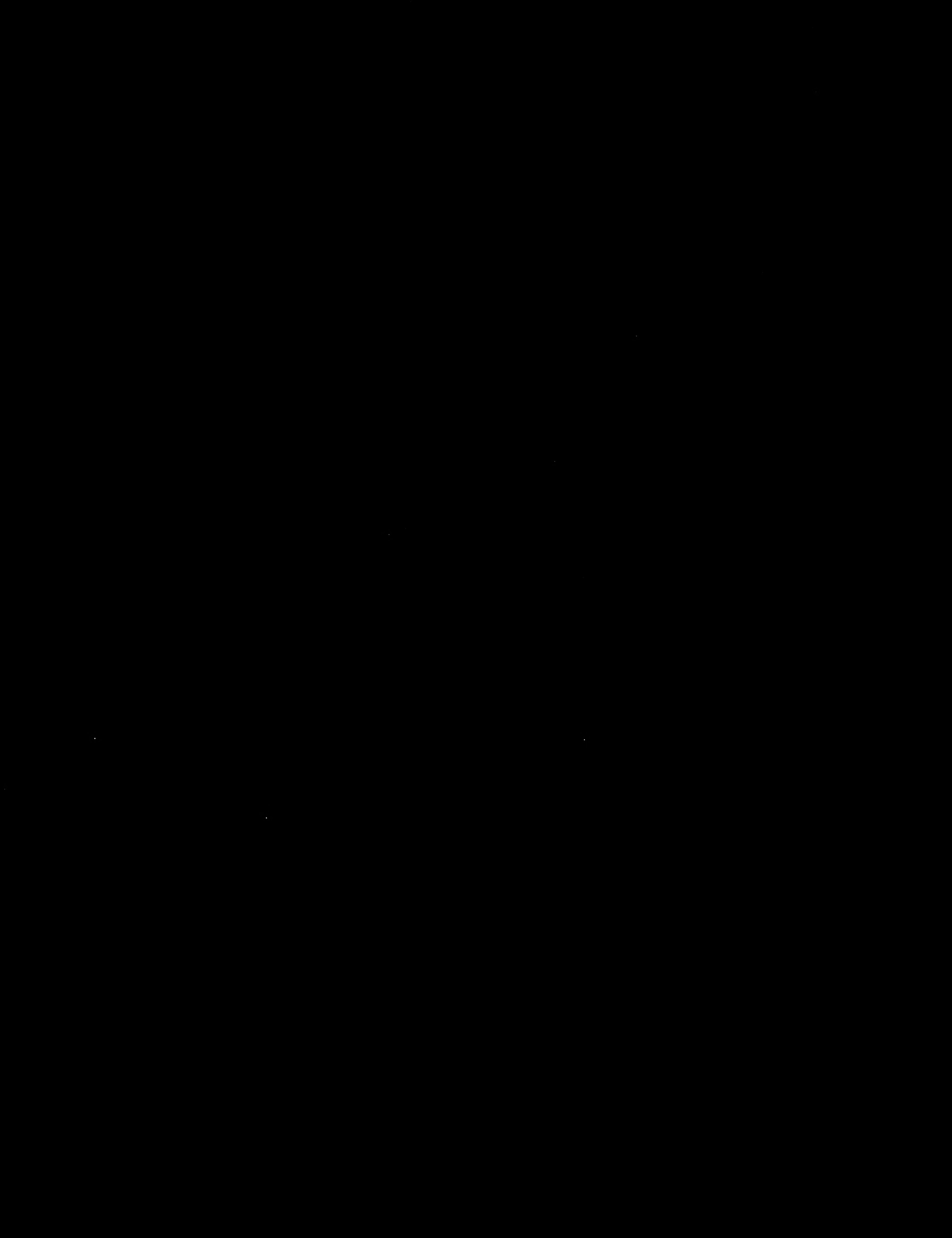
Reel: 43 Title: 8

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00043.08

Author : Infantes de Lara.
Title : Historia de los siete infantes de Lara y du su hermano Mudarra Gonzales : sacada con toda imparcialidad de los mejores historiadores españoles.
Edition : Corr. en esta ed.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CG



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE LOS

SIETE INFANTES DE LARA

Y DE SU HERMANO MUDARRA GONZALEZ.

Sacada con toda imparcialidad de los mejores historiadores españoles.

CORREGIDA EN ESTA EDICION.



MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE LOS

SIETE INFANTES DE LARA.

CAPITULO PRIMERO.

Origen y descendencia de los siete infantes.—Bizarría y esfuerzos de su juventud.—Motivos que acarrearon su desgracia.—Astucias de Rui-Velazquez para vengarse de ellos.—Prision de su padre Gonzalo Bustos.

Despues que España cayó en poder de los sarracenos por la traicion del conde don Julian, que las mayores pérdidas suelen ser de ordinario por traiciones é intrigas, cuando estinguido el antiguo imperio de los godos, sucesores de Pelayo, le iban restaurando poco á poco, reinando en Leon y Asturias don Bermudo, segundo de este nombre, el año que se contaba de 985, florecian en Castilla, así en paz como en guerra, siete hermanos, jóvenes valientes, de bellas prendas y nobilísima sangre. Su padre se llamaba Gonzalo Bustos, rama esclarecida y noble de don Diego Porcellos, tronco ilustre de las mas insignes casas de Castilla. Su madre era doña Sancha, hermana de Rui-Velazquez, señor de Villaren, de no menos nobleza. Dicen que tuvo á estos siete infantes de un parto, cosa prodigiosa, pero no imposible. Algunos autores que tratan de esta historia pasan en silencio esta dificultad, y otros suponen que estos infantes fueron de diversos partos. Pero dejemos seguir á cada uno el dictámen que mas bien le parezca: en lo que quizá no cabe duda, es que al nacer tan juntos, pudo ser agüero tris-

te y lamentable de lo juntos que fueron tambien víctimas de una venganza.

Por ser su padre Gonzalo Bustos, señor de Salas de Lara, tomaron el apellido del Solar, llamándose los *siete infantes de Lara*. Descollaron desde niños en bizarría y ardimiento, contribuyendo á ello la buena enseñanza de su ayo Nuño Salido, pues antes que por la edad les apuntase el vello sobre el lábio, se hacian ya temer de toda la morisma. En un mismo dia los armó caballeros el conde don García, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, y particularmente en España. Enalgunos encuentros con los bárbaros dieron ventajosas muestras de valor y arresto, y de lo mucho que se podia esperar en adelante de su esforzado ardimiento; pues bizarrías en la edad tierna siempre pronosticaron grandes trofeos para lo sucesivo. ¡Mas ay, cuántas cosas encaminadas á ser grandes en sus principios, aja y destruye una desgracia! ¡Qué de verdores ardientes lastima y marchita una desdicha!

Apenas, pues, los siete ilustres infantes salian de la puerilidad, comenzando á mostrarse rayos de las lides, y héroes en las guerras, fué cuando en una ocasion, harto leve y sencilla, se les armó traidoramente un lazo que les atajó los progresos á sus gloriosas hazañas, y cortó los vuelos á sus grandes esperanzas, si bien el saber morir como soldados, les adjudicó trofeos, cuya fama será inmortal en el templo de los siglos; pues vemos mejor que en láminas de bronce esculpidas sus proezas, en tantas historias que proclaman su reputacion ilustre por todo el orbe. Pasemos, pues, á referir el caso, que fué de esta manera.

Celebrábase en Búrgos el casamiento de Rui-Velazquez, tio de estos siete gallardos infantes, con una señora ilustre, prima del conde Garci-Fernandez, hija del conde Fernan-Gonzalez, que se llamaba doña Lambra. Convidaron á las bodas á muchos nobles personajes, y con preferencia á todos los parientes de una y otra parte, siendo como principales de la funcion don Gonzalo Bustos, con sus hijos los infantes, y su madre doña Sancha; y aunque en estos actos presiden los regocijos y placeres, algunas veces de los mismos juegos se suelen promover debates, desazones y pendencias.

En efecto, segun algunos autores dicen, parece que las dos cuñadas, doña Sancha y doña Lambra, se trabaron de palabras por muy frívolo motivo, pues entre mujeres, y mas siendo cuñadas, con muy poco las sobra para reñir. Provocáronse con algunas palabras picantes y desabrimientos, que poco faltó para que llegaran á las manos si no se entrometiera y las apartara Gonzalo, el menor de los infantes,

que se dice volvió por su madre, injuriando á la tia con algunas espresiones, de que quedó muy resentida y con ánimo de vengarse. Otros autores lo refieren de otra manera, diciendo que la riña y cuestion fué entre Gonzalo el infante y un pariente de doña Lambra, llamado Alvar Sanchez. Poco importa que fuese lo uno ó lo otro, cuando todo pudo ser, pues es muy fácil que de una pendencia en que se hallan deudos de ambas partes, resulten muchos disgustos y desazones. En fin, la disputa se apaciguó sin que, al parecer, quedase rencor en los ánimos que indicase la renovacion de la contienda. Doña Lambra cubrió con disimulo su ponzoña, hasta que llegase ocasion oportuna para verterla, de modo que quedase vengada.

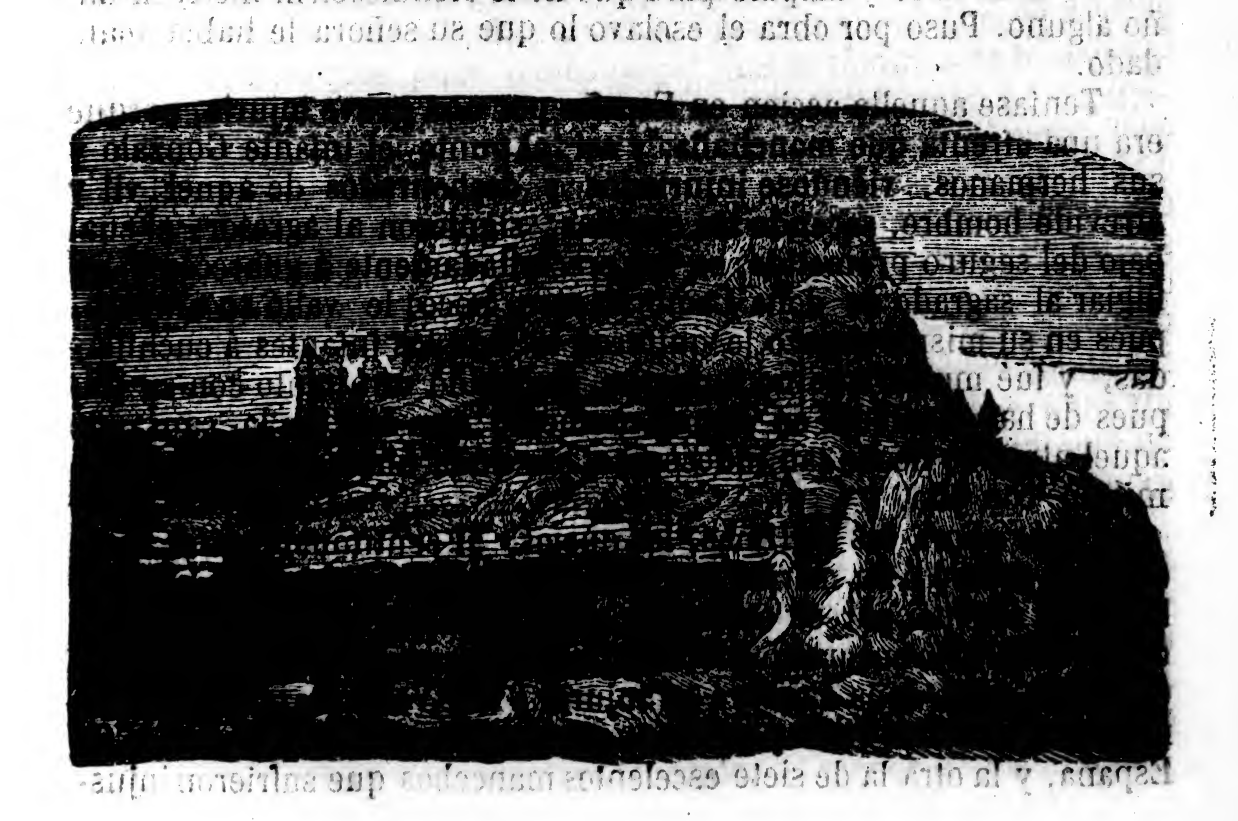
Antes de concluirse las fiestas se ausentó Rui-Velazquez, ya fuese por disposicion del señor conde, ó ya llamado por el rey para cosas de importancia, en razon á que por aquella época los negocios de la guerra no presentaban buen aspecto. Doña Lambra se partió luego para Barbadillo, y los infantes fueron á acompañarla hasta el mismo lugar; mas ella por eso no dejaba de conservar el rencor del pasado agravio; y juzgando que era llegada la ocasion para su desquite, mandóle á un esclavo que tomase un cohombro mojado en sangre y se lo tirase á Gonzalo, el infante menor, dándole palabra que en ella tendria asilo y amparo para que no le ofendiesen ni hiciesen daño alguno. Puso por obra el esclavo lo que su señora le habia mandado.

Teníase aquella accion en España por una grave injuria, porque era una afrenta que manchaba; y así al punto el infante Gonzalo y sus hermanos, viéndose injuriados y deshonrados de aquel vil y atrevido hombre, sacando las espadas, siguieron al agresor, el cual bajo del seguro prometido, se fué precipitadamente á guarecer y refugiar al sagrado de doña Lambra; pero poco le valió su amparo, pues en su mismo regazo le quitaron la vida los infantes á cuchilladas, y fué mucho que no hubiesen ejecutado otro tanto con su tia; pues de haber sabido en aquel momento que ella era la causa de aquel atrevido hecho tan indecoroso, sin duda hubieran ejecutado lo mismo con ella.

Pintar ahora las lágrimas, las quejas, el sentimiento y el ánsia con que esperó á su marido Rui-Velazquez, para ponderarle aquella injuria y afrenta, parece escusado, pues bien se deja por sí mismo comprender. No encareció Florinda tanto su gran poderío á su padre el conde, como doña Lambra su injuria á Rui-Velazquez: ambas fueron esclamaciones viles y vengativas, que una ocasionó la pérdida de España, y la otra la de siete escelentes mancebos que sufrieron injus-

tamente la muerte. Pero sigamos el hilo de la historia. Era Rui-Velazquez hombre muy entendido, sagaz y astuto, y como si hubiera cursado en la escuela del conde don Julian, comenzó con disimulo á disponer la venganza.

Enjugó las lágrimas de su mujer con halagos y caricias, y dió muestras en público de ser mala razon de Estado promover por poca cosa cuestiones que pudieran traer malos resultados. Sin embargo, otras eran las ideas que encubria en su pecho, pero disimulábalas bien, y con muestras de paz y benevolencia empezó á preparar sus lazos para la venganza: proceder infame, propio de traidores y asesinos, esterior alegre y el corazon dañado, no esperando mas que la suya para cebarse con el objeto de su furor. Este hombre inhumano, para no errar el tiro, quiso asestar primero á la cabeza: y así, valiéndose de unos despachos del rey, ya falsos, ya verdaderos, que ordenaban cierta cobranza de un tributo del rey moro, dió la comision á su cuñado Gonzalo Bustos para que fuese á Córdoba. La intencion suya era de que allá le matasen, segun una carta que le dió escrita en árabe, en que instaba á aquel rey que le quitase la vida, ponderándole los beneficios que de ello le podrian resultar. ¡Cuantos desdichados ha habido que á fuer de leales han llevado ellos mismos el contenido de su sentencia de muerte!



CAPITULO II.

Amores de Gonzalo Bustos con la hermana del rey moro, y nacimiento de Mudarra.—Venganza de Rui-Velazquez haciendo cortar las cabezas de los siete infantes por medio de una traicion; las hace presentar á su padre.—Dolor de Gonzalo Bustos á causa de semejante espectáculo.—Almanzor se compadece de su situacion y le pone en libertad.

Miramamolin Almanzor, rey moro de Córdoba, hombre, aunque bárbaro, muy advertido, prudente y recto en administrar justicia, presintió mal de tamaña traicion, no pareciéndole justa semejante determinacion; y apiadándose de las venerables canas de varon tan principal, no quiso quitarle la vida, y solo se limitó á mandar se le pusiese en prision, y eso por no desairar del todo á Rui-Velazquez. Gozaba Gonzalo Bustos en su prision de mucha libertad, pues como no estaba detenido mas que en apariencia, tenia casi por suyo el palacio y andaba á sus anchuras. Era Gonzalo Bustos, aunque ya entrado en dias, de gentil presencia, viejo brioso y galan. Dió en mirarle con afecto una hermana de Almanzor, y con achaque de consolar sus tristezas, trabó pláticas con él. Ella era de buen parecer; con que Bustos, conociendo sus deseos, no quiso mostrarse indiferente ni menos ingrato. Correspondió galan á los cariños de la infanta, y soplando amor el fuego violento que les devoraba, se entregaron libremente al goce de sus placeres, de cuyas resultas tuvieron los dos un hijo que fué llamado Mudarra Gonzalez, tronco ilustre y principio generoso del clarísimo linaje de los Manriques de Lara.

Mientras Gonzalo Bustos entretenia en Córdoba su prision muy regalado y divertido con la infanta mora, no cesaba Rui-Velazquez de discurrir mil artificios con que poder quitar la vida á sus sobrinos. Tan poseido de venganza tenia el ánimo, que no contento con haber conseguido de que se tuviera preso y desterrado al padre, anhelaba por ver derramada la sangre de sus hijos. Con este objeto tenia una ac-

tiva correspondencia con Almanzor para conseguir su dañado intento, proponiéndole que él haria de modo que los hijos de Gonzalo Bustos cayesen en su poder. Significábale lo mucho que habia de ganar su imperio quitando de las filas de sus contrarios siete enemigos bravos, quienes con su orgullo y osadía atemorizaban ya sus fronteras; que él por estar agraviado personalmente de ellos queria hacerle este servicio; que no lo desestimase ni menos perdiese la favorable ocasion que le ofrecia. Estos eran los negocios que tenian ocupado al traidor. Conoció el moro muy bien lo conveniente que seria aprovechar la favorable ocasion que se le presentaba; y mostrándose grato á las escitaciones del pérfido caudillo cristiano, dió órden á sus capitanes para que estuviesen dispuestos á todo lo que les dispusiese Rui-Velazquez.

Urdidas estas tramas, solo se aguardaba la ocasion oportuna. Fingió, pues, Rui-Velazquez y esparció voces de que los moros se preparaban para hacer una escursion, y con este pretesto mandó disponer fuerza armada para ocupar las fronteras. Los infantes, que no apetecian en el mundo cosa mas de su gusto, porque les llamaba mucha atencion la guerra, y mas cuando estaban tan resentidos de la prision de su padre, aunque ignorantes de la causa de ella, poco hubieron menester para no ofrecerse briosos á ir acompañando á su traidor tio. El ayo de los infantes, Nuño Salido, ya fuese porque no se arriesgasen no habiendo, á su parecer, causa urgente, ya que como mas cuerdo que aquellos jóvenes, sospechase alguna estratagema, procuró disuadirles de aquella empresa. Mas ellos, cono lozanos y briosos, deseando manifestar siempre mas y mas sus grandes esfuerzos, no asintieron á sus consejos, y atropellaron por sus amonestaciones, arriesgándose á los peligros como valientes y jóvenes soldados; pues es cosa bien sabida que en los juveniles años no se profundiza debidamente el riesgo de los peligros, y como no saben temer los resultados, se arrojan imprudentes á la lid.

A las faldas del Moncayo, en los campos de Araviana, que por partes se hallan cubiertos de espesura, allí parece que traidoramente y emboscados en la maleza tenia puesta el infame Rui-Velazquez una celada de moros, en gran número y bien prevenidos. Con los infantes iban solamente doscientos de á caballo. Metiéronse por aquella parte bien descuidados de la traicion, la cual, sin poderla rehuir, les salió al encuentro. Luego que se encontraron cercados con tanta multitud de gente morisca que cargaba sobre ellos, reconocieron que habian sido vilmente vendidos por un falaz engaño; pero en vez de desmayar y acobardarse, se revistieron valerosamente de

mas brios. Unos á otros antes de entrar en la batalla se animaron á morir como valientes. Viendo que ellos eran pocos respecto de los moros, que como hormigueros se iban apareciendo de entre las matas, juraron pelear como héroes, vendiendo bien caras sus vidas.

Trabóse la pelea con notable denuedo, haciendo los infantes tanto destrozo en aquella numerosa canalla, que primero que caia alguno de ellos dejaban á sus pies una porcion de cadáveres. Casi podian sospechar los moros, á no creer su número, que habian sido ellos los engañados, pues solo se reconocieron vencedores despues de no quedar ningun cristiano con quien pelear. Por lo demas, si se graduase por el número de muertos que hubo en ambas partes, puede decirse que para doscientos españoles que perecieron, quedaron en el campo de batalla cerca de mil árabes.

Así fenecieron los siete soles de Lara, rayos de Marte, y modelos de la juventud mas gallarda. Cortáronles las cabezas, y juntas las enviaron á Córdoba, donde fueron presentadas al rey Almanzor para que se diese por pagado y estimase en aquel presente lo grande del servicio que se le habia hecho. Con el calor de la estacion y distancia del lugar, llegaron algun tanto desfiguradas: y para satisfacerse el moro de si eran aquellas cabezas de los mismos que le habian asegurado, pues recelando que no fuese algun ardid malicioso (que de un traidor todo puede sospecharse), quiso que se las mostrasen á su anciano padre y que las reconociese.

Para que esto se hiciese de un modo aparentemente especioso convidó el rey á Gonzalo Bustos á comer con él aquel dia, no desdeñándose en dar su mesa á quien por su alto linaje merecia toda esta honra. Sirviéronle diversos platos y manjares muy esquisitos con aparato real, y levantados de la mesa sacaron las siete cabezas en una bandeja; entonces dijo el rey Almanzor á Bustos, que mirase aquella fruta y reconociese de qué árbol ó en qué tierra se habia criado.

No hay pluma que pueda ponderar suficientemente el horror que causaria la vista de tan triste espectáculo: el noble viejo quedó sobresaltado palpitándole el corazon, llenos los ojos de lágrimas, muda la lengua, las manos torpes y todo temblando, comenzó á mirar y revolver una á una las cabezas, sin que la desemejanza pudiese ponerle duda ninguna de que eran las de sus siete hijos, pedazos del alma, dulces y nobles reliquias de su triste corazon; pues sangre derramada puesta á la vista de quien la dió el ser, ella misma parece se da á conocer como para pedir venganza contra sus asesinos. Los estremos de sentimiento á que se entregó el desconsolado anciano, á vista de aquellas prendas de su corazon, besándolas y abrazándolas,

diciéndolas mil ternezas, fueron tales, que provocó á lástima al mismo rey Almanzor, á pesar de su natural dureza, y á otros bárbaros que se hallaban presentes en tan lamentable escena. ¡Quién no tiene compasion á una desdicha semejante, aunque sea en su enemigo, como no sea un bruto irracional! No deseaba César otra cosa mas que destruir á Pompeyo y ver su sangre vertida; pero con todo, al mirarle cortada su cabeza, se le partió el corazon y no pudo contener las lágrimas. Así Almanzor se lastimó de la situacion de Gonzalo Bustos, quien irritado en alto grado por el dolor, dicen que arremetió furioso á herir los moros que allí habia; y á pesar de eso, Almanzor, por aliviarle en algo aquella pena, le dió libertad y permiso para ir á su lugar de Salas y unirse con su esposa.

Dejémosle allí renovando con su mujer doña Sancha sus lástimas y tristes recuerdos, pasando por espacio de catorce años una vida la mas triste y apesadumbrada, sin que el traidor Velazquez, con ser tan poderoso, pudiese completar su venganza; y veámos en qué forma y por qué camino permitió el cielo que se castigase aquella tan injusta demasía.

CAPITULO III.

Juventud y travesuras de Mudarra.—Da muerte á un rey moro de resultas de una disputa.—Pasa Mudarra á Castilla para conocer á su padre.—Abraza la religion católica.

Bien dijimos como tuvo don Gonzalo Bustos con la hermana del rey moro Almanzor, á Mudarra Gonzalez. Este, pues, se crió en los palacios de su tio, tan agraciado y valiente, que si bien se hizo querer por su genio afable, tambien se hacia temer por la rigidez de sus costumbres; propiedad de bastardos cuando se miran enaltecidos, hacerse bien quistos, granjearse las voluntades y saber con maña encubrir aquella nota de su nacimiento. Mudarra, pues, desde niño supo granjearse la voluntad del rey su tio, y de los grandes, humeando en él la sangre ilustre de Lara, y la real, aunque infiel, de que se habia compuesto.

Pasados los años de la adolescencia y siendo ya un gallardo mozo, ocurrió en cierta ocasion que estando jugando un dia con un rey moro, vasallo de Miramamolin, su tio, (porque á Almanzor los demás reyes moros de España le prestaban obediencia) se trabaron de palabras en el juego, sobre si fué la mano bien ó mal jugada, cosa muy comun de venir á hacer diferencias y parar en pesadumbres. Mudarra no sabemos qué le diria al rey moro, que debió de dolerle demasiado, y el rey, injuriado, le llamó bastardo é hijo de quien nadie sabia. No fué injuria esta que bastase quedar satisfecha con palabras, y así Mudarra, asiendo del tablero, y sin ninguna consideracion ni respeto, le dió con él tan fuerte golpe en la cabeza, que no fué necesario prestarle auxilios de ninguna especie, pues le dejó muerto en el sitio. Cosas como estas suele á veces ir enredando la ortuna para enderezar la proa á un resultado grande.

Mientras que el palacio se hallaba en la mayor confusion y alboroto, cuidando unos del exámine cuerpo del rey, otros acudian á dar cuenta á Almanzor del hecho; se fué Mudarra lleno de cólera y pesadumbre adonde estaba la infanta su madre, y amenazándola con la espada desenvainada, la exigió le dijese quién era el padre que le habia dado el ser, puesto que le ultrajaban por hijo de ningun conocido, llamándole bastardo. La infanta, por una parte sobresaltada del susto, por otra regocijada del denuedo de su hijo, le recibió cariñosa con los brazos abiertos, é hizo que se sosegase de la furia que traia apaciguándole los brios, y cuando le tuvo tranquilo y sosegado, le contó de quién era hijo, y el modo con que le habia habido, encareciéndole infinito la nobleza y calidad de su padre.

Dióle cuenta asimismo de la traicion con que habian muerto á sus siete hermanos, y de la soledad y tristeza en que su padre Gonzalo Bustos se encontraba, como tambien los suspiros y lágrimas que á ella costaba. Esto dicho con la energía y afectacion que suelen las mujeres ponderar lo que mas les cumple, de tal modo encendió y movió el ánimo á Mudarra, que no habia cosa que mas desease que el ir á vengar á su infeliz padre, como tambien la muerte de sus siete hermanos. Alentábale tambien á ello la infanta por estar poseida de estos deseos; pues como amó de veras, nunca olvidaba al objeto de su cariño; y aunque infiel, tuvo siempre fé con quien supo merecerla.

Habló la infanta sobre ello á su hermano, rogándole concediese licencia á su hijo para dicho objeto. Almanzor, que de la accion pasada estaba muy enojado y ofendido, juzgó serle conveniente apartarle de sí, y quitar de su palacio aquel estorbo: y así dándole para

el viaje joyas y dineros, con muchos cristianos que fuesen en su compañía le despachó para Castilla. Así lo refieren algunos historiadores; mas otros por parecerles quizá cosa dura de creer que enviase el moro á hacer armas contra sí, suponen que solo la infanta preparó y dispuso la espedicion. Pero no se hace tan duro ni repugnante de creer el que Almanzor hubiese dado licencia y condescendido en que el jóven Mudarra fuese á Castilla, cuando hallamos en las historias otros reyes moros, que no solo enviaron sobrinos, mas tambien hijas para que fuesen cristianas, que aun es mas, como aconteció con Zaida, hija de Benabet, rey moro de Sevilla, y con Santa Casilda, hija de Aldemon, rey moro de Toledo, á las cuales enviaron sus padres á Castilla, donde abrazaron la fé de Jesucristo.

Ya que hemos hablado de estas dos infantas moras, referiremos alguna cosa de su vida, que no desagradará al lector saber quiénes fueron estas ilustres y virtuosas princesas, pues le servirán de mucha edificacion sus muchísimas virtudes, siendo su resolucion heróica y santa, muy conducente al asunto que tratamos, cuando nuestro ilustre Mudarra, habiendo venido á Castilla se hizo tambien cristiano, y permaneciendo en ella vivió católicamente, y vino á morir en la fe de Nustro Redentor Señor Jesucristo, como lo probaron sus buenas obras.

CAPITULO IV.

Conversion maravillosa de Zaida, hija del rey moro de Sevilla, llamado Benabet.

Reinaba en Sevilla el moro Benabet, quien tenia por hija á la hermosa Zaida, tan dotada en gracias cuanto hermoseada de virtudes. Desde sus tiernos años mostró un afecto grande á la religion católica, corriendo parejas con Casilda en amparar los cautivos y socorrerlos en sus necesidades. Deseaba recibir el santo bautismo, y el paternal respeto la estorbaba descubrir su voluntad; pero Dios, que á quien llama para suyo le abre el mas cerrado puerto, descubrió

camino por donde lograse Zaida sus justos deseos. Cuando esta princesa ardia en tan santo celo ocurrió el sacar de Sevilla el incorrupto cuerpo de San Isidoro; y entonces fué cuando se le avivaron mas las llamas de la creencia que germinaba en su católico pecho. Ayudola el cielo con una revelacion, apareciéndosela el sagrado doctor San Isidoro; y resuelta un dia en llevar á cabo su santa resolucion, le dijo al rey su padre que queria ser cristiana, porque estaba muy convencida que Dios con inspiraciones continuas que infundia en su alma la estaba llamando siempre, y que en especial se la habia aparecido San Isidoro, y con palabras apacibles y cariñosas la habia dicho que no resistiese tanto á las repetidas inspiraciones divinas que se la daban, sino que ejecutase aquel santo propósito que hasta entonces habia escusado, por no darle pesar; pero que ya no podia dejar de descubrirse; que la ayudase á ello y no se lo estorbase, porque seria quitarla la vida, y que estaba resuelta á no desistir de tal intento.

Esto se lo dijo al padre con tantas lágrimas y humildad, que lastimado el moro de verla tan enternecida, quedó tambien él conmovido viéndola llorar. Amábala mucho, y por esta razon sentia el disgustarla; pero por otra parte temia tambien la indignacion de los suyos. Lo que en Zaida le tiraba el deseo de complacerla, le hacia contrapeso su temor. Perplejo en estas dudas, no sabia qué resolucion tomar. En medio de todo eso empezó á buscar arbitrios, y vino á dar en una idea tan digna de su ingenio, cuanto merecedora de estimarse; bien es, que como cosa dispuesta por el cielo, este con su gran poder le suministró suficientes medios por donde poder cumplir lo que tanto su amada hija deseaba.

Escribió al rey don Alonso IV de Castilla, hijo del rey don Fernando, que á la sazon habia pasado por mandato de su padre á hostilizar otra vez á Sevilla, por cuyo medio restauró, como se ha dicho, al cuerpo de San Isidoro en los ajustes de las paces: que verdaderamente no llevó otro fin este católico príncipe sino el hacerse con esta preciosa reliquia, con que enriqueció á Leon. Con este motivo hiciéronse á su entrada grandes fiestas, y salió el rey con sus hijos á recibir el sagrado cuerpo, todos con los piés descalzos, y llevaron las andas donde venia el cuerpo de San Isidoro, que por el gozo que causó su llegada, y al ver aquellos príncipes tan devotos y penitentes, descalzos de pies y piernas, conmovieron á toda la ciudad á un llanto de alegría y devocion.

Escribió, pues, como queda dicho, el rey moro Benabet á don Alonso. Deciale la resolucion de su hija Zaida, de querer ser cristia-

na y que él no podia corresponder en ello; que lo que se podia hacer era buscar tácitamente ocasion en que se cautivase á Zaida y que estando cautiva mudase luego de religion; que para esto era preciso que con su ejército volviese otra vez á hacerle la guerra, tomando el pretesto que le pareciese mas apropósito. Advertíale ademas que caminase secretamente hasta ponerse cerca de Sevilla; y que en un pueblo de aquellos, con el pretesto de salir á caza y á divertirse en el campo, estaria apostada la infanta que debia quedar cautiva: y así, que tanto á él como á su padre les encargaba el mayor sigilo. ¿Quién pensara tal cosa en un rey moro? Tanto interesó esta accion á don Alonso, que dijo: ¡Ojalá que con esto se mude mi fortuna, y en tálamo nupcial vea reina á la que supo abjurar su secta por abrazar la fé de Cristo, y para que vea el rey moro Benabet lo que una infanta mora interesa por haberse hecho cristiana!

Pasó luego don Alonso á consultar con su padre don Fernando, quien le dió órdenes para lo que habia de hacer. Marchó el infante con su gente dando la vuelta para Sevilla, sin hacer hasta llegar allá asonada ni aparato de guerra, y sin haber descubierto á otro alguno el secreto de sus intentos. Reconoció las señas que el rey Benabet le habia dado. Cercó á Zaida en la aldea donde la tenia su padre á propósito; y luego que le vió la hermosa princesa, púsose en sus manos, sin saber ella á quien se habia cautivado, porque don Alonso quedó desde entonces muy rendido de su belleza y noble trato.

Sin hostilizar á nadie, ni procurar hacer otra presa que su amada princesa, dió la vuelta para Castilla sin ningun contratiempo. Luego dieron parte de la novedad al rey moro Benabet como los cristianos llevaban cautiva á su hija la infanta Zaida: hizo demostraciones esteriormente de estremado sentimiento, y formando quejas de don Alonso, tomó la aparente resolucion de salir con sus tropas aceleradamente en busca del príncipe que le robó su hija. No pudo ó, lo que seria mas cierto, no quiso darle alcance, y viendo que sus diligencias nada conseguian, se volvió á Sevilla, demostrando á cuantos le rodeaban suma tristeza y desconsuelo.

Con que logrado que fué el intento, consiguió Zaida ver sus deseos cumplidos. Llevó don Alonso á la princesa derechamente á la ciudad de Leon por ruego de esta señora, diciéndole ella como queria pagar lo primero á San Isidoro, su abogado, la visita que en Sevilla la habia hecho en sueños: y así, antes de entrar en palacio se fué la devota infanta á la santa Iglesia, donde con copiosas lágrimas de agradecimiento y devocion dió gracias á Dios y á su santo patrono San Isidoro por el beneficio que habia recibido, saliendo bien de su empresa.

No quiso la tierna princesa salir de la iglesia sin que primero la diesen el bautismo, pidiéndole con ánsias y copiosísimas lágrimas; de manera que á todos los príncipes y demas concurrentes conmovió en estremo, y el rey mandó que inmediatamente se dispusiese todo con suma magnificencia. Dispuesto todo brevemente, con festivo aplauso, célebre pompa y regocijos grandes, recibió la hermosa Zaida el santo y sagrado bautismo con tanta devocion y lágrimas que enterneció á todos los que presenciaron tan edificante acto, en el que la pusieron por nombre María Isabel. Ya que estaba cristiana Zaida fué llevada á palacio: era tanto el concurso que salia á verla y á victorearla en las calles, que apenas podia dar un paso, gloriándose mucho la buena princesa de la grande detencion que le causaba la multitud que se agolpaba, y tambien verse ya cristiana entre católicos que celebraban su conversion.

Llegó á palacio, no siendo creible el amor y cariño con que la recibió el católico rey don Fernando, admitiéndola desde entonces como á hija la mas querida. Todos los demas príncipes y princesas, no pudiendo esplicar el gozo y contento á tan noble compañera, lo demostraban por las abundantes lágrimas que derramaban de puro gozo, á lo que correspondia la tierna infanta con cariñosísimos abrazos y palabras muy tiernas de amor, porque era un genio sumamente amable y tan atractivo, que á todos cautivaba con su dulzura. Hacíanla cargos cómo no se habia venido antes á palacio, habiéndoles retardado tanto gozo y placer. A lo que respondió la amable infanta: «Amados mios, no era justo que yo viniese aquí sin ser igual á vosotros y una misma: ¿qué mayor gozo podeis tener que el que ahora os doy, pues me teneis ya miembro místico de vuestra esclarecida Iglesia, vuestra hermana é hija tambien de Nuestro Redentor y Señor Jesucristo?»

Desde entonces comenzó con mejor y mas digno título á enseñorear de la voluntad de don Alonso, quien se vió tan prendado de ella, que á no tener empeñada su palabra con doña Inés, se hubiera casado con la nueva cristiana; pero aunque por un raro accidente tuvo la desgracia de morir doña Inés, no se sabe con qué circunstancias despues se vino á casar con doña Constanza, de quien tuvo á don Sancho, que á no haberse malogrado hubiera sido este un gran príncipe que igualara en gloria á la de su padre y su madre, segun lo manifestaban las muestras de virtud que daba en su tierna edad, como observaron muchos de sus contemporáneos

CAPITULO V.

Descripcion de Toledo en tiempo de la dominacion morisca.—Distracciones de la hija del rey moro.—Socorre Casilda á los cautivos cristianos.

Siendo dominada la antiquísima ciudad de Toledo en el año 1040 por los moros, sucesores de los primitivos árabes que habian invadido la península, presentaba un aspecto tan magnífico como imponente, no no solo por los robustos muros y altas torres que circundaban y fortalecian la poblacion, sino por la esplendidez y amenidad de sus cercanías. La inmensa vega por la que serpentean las aguas del Tajo, ciñendo al paso la gigantesca roca en que está fundada la ciudad se ostentaba entonces, mas que ahora, cubierta de a quel verdor y esmaltas por aquellas flores que revelaban una lozana vegetacion, merced á la diestra mano del agricultor y al acertado aprovechamiento de las aguas. Pero si grato era bajar á templar el ardor del estío en las cristalinas aguas ó gozar las frescuras de la vega en sus deleitosos paseos, particularmente en los vastos jardines del rey moro, que siempre exhalaban regalados perfumes, no era menos grato y apacible el contemplar desde lejos ó desde los altos miradores del palacio, el grandioso espectáculo que ofrecia la ciudad con su imponente aspecto, la vega con su vegetacion, y el despejado paisaje con sus remotas lontananzas.

Este era uno de los inocentes placeres que acostumbraba gozar la jóven Casilda, hija única y en estremo querida del poderoso Aldemon, rey en aquella época de Toledo y su territorio. La doncellita solia con mucha frecuencia salir á recrear su ánimo con la vista del risueño paisaje desde los miradores de su alcázar, ó acompañada de las damas que la servian, se aventuraba en lejanos paseos aun mas allá de los límites de sus régias posesiones. ¡Cuántas veces, abandonada á sus puras sensaciones y embebida con el ambiente perfumado del jardin dejaba transcurrir los instantes en las tranquilas horas del crepúsculo de la tarde, hasta que la luna plateando las

copas de los árboles recordaba la hora de regresar al palacio! En uno de estos momentos de delicioso éxtasis cuando el cielo estaba mas apacible y mas profundo iba siendo el silencio que en aquel pensil reinaba, lejanos y lastimeros ecos llegaron á oidos de Casilda; sobresaltando y conmoviendo su ánima cual se agitan y conmueven las cristalinas ondas de una fuente al caer de improviso una piedra sobre su tersa superficie. Era la primera vez que aquella jóven tan pura y tan feliz percibia el lamento de los desgraciados, pues sin duda alguna eran voces humanas las que hasta allí llegaban, y la singular sensacion de aquellos acentos de tristura en ella producian, mas vehemente aun que la curiosidad mujeril, hizo que, cediendo á un impulso secreto y desconocido, se dirigiese presurosa hácia el sitio en que los lastimeros ayes se escuchaban.

Este movimiento no pudo verificarse sin llamar sobremanera la atencion de las mujeres del séquito de Casilda, que á respetuosa distancia se conservaban, por lo que, adelantándose la de mas confianza, dijo á la infanta como demostrando un vivo interés:

—¿Qué os sucede, señora, y adónde vais tan precipitada?

—¿Qué lamentos, contestó Casilda, son esos que desde aquí se escuchan?

—No os inquieteis, señora; esas voces lastimeras son las de los cautivos cristianos que gimen aherrojados en hondas y oscuras cavernas.

Y era así conforme lo decia la doncella, porque un siniestro y confuso ruido de cadenas llegaba hasta allí en aquel momento. Esta circunstancia no hizo mas que aumentar el vehemente deseo de Casilda, y avivar el santo fuego de la caridad que ardia en su pecho.

—Quiero verlos, esclamó, y si tan desgraciados son, aliviaré en lo que pueda su infortunio.

—¡Cómo! repuso asombrada la doncella: vos, la hija del ilustre Aldemon, la infanta heredera de su corona, habeis de descender hasta esos esclavos! ¿Una princesa de tanto rango ha de penetrar en esas hediondas mazmorras?

—¿Acaso, contestó la infanta, porque yo sea poderosa me he de olvidar de los desgraciados? ¿El que yo sea feliz, deberá alejarme de ellos?

—Advertid, señora, replicó la doncella, que esos hombres feroces son los enemigos declarados de vuestro padre, y que...

—¡Calla y sígueme! contestó imperiosamente su señora; y se dirigieron con paso veloz hácia las prisiones de los infelices cautivos.

En quellas cavernas, formadas en parte por las concavidades de la roca, y en parte por los reparos de mamposteria que eran necesarios para custodia de los presos, se hallaban aglomerados sin distincion los prisioneros de guerra que los moros habian hecho en sus frecuentes es-

CAPITULO V.

Descripcion de Toledo en tiempo de la dominacion morisca.—Distracciones de la hija del rey moro.—Socorre Casilda á los cautivos cristianos.

Siendo dominada la antiquísima ciudad de Toledo en el año 1040 por los moros, sucesores de los primitivos árabes que habian invadido la península, presentaba un aspecto tan magnífico como imponente, no no solo por los robustos muros y altas torres que circundaban y fortalecian la poblacion, sino por la esplendidez y amenidad de sus cercanías. La inmensa vega por la que serpentean las aguas del Tajo, ciñendo al paso la gigantesca roca en que está fundada la ciudad se ostentaba entonces, mas que ahora, cubierta de a quel verdor y esmaltas por aquellas flores que revelaban una lozana vegetacion, merced á la diestra mano del agricultor y al acertado aprovechamiento de las aguas. Pero si grato era bajar á templar el ardor del estío en las cristalinas aguas ó gozar las frescuras de la vega en sus deleitosos paseos, particularmente en los vastos jardines del rey moro, que siempre exhalaban regalados perfumes, no era menos grato y apacible el contemplar desde lejos ó desde los altos miradores del palacio, el grandioso espectáculo que ofrecia la ciudad con su imponente aspecto, la vega con su vegetacion, y el despejado paisaje con sus remotas lontananzas.

Este era uno de los inocentes placeres que acostumbraba gozar la jóven Casilda, hija única y en estremo querida del poderoso Aldemon, rey en aquella época de Toledo y su territorio. La doncellita solia con mucha frecuencia salir á recrear su ánimo con la vista del risueño paisaje desde los miradores de su alcázar, ó acompañada de las damas que la servian, se aventuraba en lejanos paseos aun mas allá de los límites de sus régias posesiones. ¡Cuántas veces, abandonada á sus puras sensaciones y embebida con el ambiente perfumado del jardin dejaba transcurrir los instantes en las tranquilas horas del crepúsculo de la tarde, hasta que la luna plateando las

copas de los árboles recordaba la hora de regresar al palacio! En uno de estos momentos de delicioso éxtasis cuando el cielo estaba mas apacible y mas profundo iba siendo el silencio que en aquel pensil reinaba, lejanos y lastimeros ecos llegaron á oidos de Casilda; sobresaltando y conmoviendo su ánima cual se agitan y conmueven las cristalinas ondas de una fuente al caer de improviso una piedra sobre su tersa superficie. Era la primera vez que aquella jóven tan pura y tan feliz percibia el lamento de los desgraciados, pues sin duda alguna eran voces humanas las que hasta allí llegaban, y la singular sensacion de aquellos acentos de tristura en ella producian, mas vehemente aun que la curiosidad mujeril, hizo que, cediendo á un impulso secreto y desconocido, se dirigiese presurosa hácia el sitio en que los lastimeros ayes se escuchaban.

Este movimiento no pudo verificarse sin llamar sobremanera la atencion de las mujeres del séquito de Casilda, que á respetuosa distancia se conservaban, por lo que, adelantándose la de mas confianza, dijo á la infanta como demostrando un vivo interés:

—¿Qué os sucede, señora, y adónde vais tan precipitada?

—¿Qué lamentos, contestó Casilda, son esos que desde aquí se escuchan?

—No os inquieteis, señora; esas voces lastimeras son las de los cautivos cristianos que gimen aherrojados en hondas y oscuras cavernas.

Y era así conforme lo decia la doncella, porque un siniestro y confuso ruido de cadenas llegaba hasta allí en aquel momento. Esta circunstancia no hizo mas que aumentar el vehemente deseo de Casilda, y avivar el santo fuego de la caridad que ardia en su pecho.

—Quiero verlos, esclamó, y si tan desgraciados son, aliviaré en lo que pueda su infortunio.

—¡Cómo! repuso asombrada la doncella: vos, la hija del ilustre Aldemon, la infanta heredera de su corona, habeis de descender hasta esos esclavos! ¿Una princesa de tanto rango ha de penetrar en esas hediondas mazmorras?

—¿Acaso, contestó la infanta, porque yo sea poderosa me he de olvidar de los desgraciados? ¿El que yo sea feliz, deberá alejarme de ellos?

—Advertid, señora, replicó la doncella, que esos hombres feroces son los enemigos declarados de vuestro padre, y que...

—¡Calla y sígueme! contestó imperiosamente su señora; y se dirigieron con paso veloz hácia las prisiones de los infelices cautivos.

En quellas cavernas, formadas en parte por las concavidades de la roca, y en parte por los reparos de mampostería que eran necesarios para custodia de los presos, se hallaban aglomerados sin distincion los prisioneros de guerra que los moros habian hecho en sus frecuentes es-

caramuzas con los pueblos de la España cristiana. El estar lejos de su familia, los duros trabajos á que los infieles les sujetaban, las dolencias que algunos padecian y el general infortunio que abatia aun á los mas animosos, eran motivos mas que suficientes para justificar las quejas que algunas veces exhalaban. Mas cuando la infanta Casilda apareció en el subterráneo, hubo allí una estraña mutacion, y los cristianos quedaron suspensos y regocijados, mientras que tristes lágrimas corrian por el angelical rostro de la jóven.

Casilda era hermosa de naturaleza, contra el carácter de su raza africana; era, por una rara escepcion, de un cutis blanco y terso; sus hermosos ojos y la serenidad de su semblante parecia que reflejaban en cierto modo las bellezas de su alma. Su rico traje oriental cogido con broches de pedrería, aumentaba la gracia de su persona, y contribuia no poco á la admiracion de los desvalidos prisioneros. Un ángel celeste que se hubiese presentado á ellos con las bellas formas, rozagante túnica y esplendente aureola con que le personifica el cristianismo, no hubiera producido en ellos tanta sensacion como la vista de la hermosa infanta, mayor todavía cuando la oyeron declarar altamente, que se compadecia de su infortunio, que vendria á visitarlos, y que muy en breve tendrian pruebas de aquella compasion que la inspiraban.

Efectivamente, desde aquel dichoso dia la suerte de los cautivos mejoró, ya por el alimento y ropas que Casilda les enviaba, ya por el inesplicable consuelo que recibian con la visita de la infanta, que no queriendo confiar á otras manos el ejercicio de la caridad, acudia la mas de las veces á repartir por sí misma el pan que les preparaba. Gozábase en estremo Casilda de las demostraciones de gratitud de aquellos infelices; jamás habia escuchado ella unas felicitaciones mas sinceras, y nada era comparable á la sensacion que esperimentaba cuando al despedirse de ellos, todos aquellos hombres agrupados alrededor suyo á la puerta de la prision esclamaban: ¡Volved, señora, volved; porque solo cuando vos estais aquí es cuando no deseamos la muerte!

CAPITULO VI.

Casilda es sorprendida por el rey su padre.—Prodigio obrado por su Divina Majestad.—Pide permiso Casilda á su padre para pasar á Castilla á curar sus dolencias.—Llega al sitio designado donde se queda á hacer penitencia hasta su gloriosa muerte.

Oponíanse entre tanto á Casilda algunos obstáculos que pudieran impedir sus visitas á las prisiones. Era tan sorprendente su conducta, tan estraña para los fanáticos musulmanes, que por respeto que tuviesen á la bella infanta, y por recelo que abrigasen de disgustar á su padre, no pudieron menos de participarle la conducta de su hija y el objeto con que descendia á las mazmorras. Asombróse Aldemon de lo que le contaban, y antes de darle entero crédito, resolvió averiguar por sí mismo la verdad, siguiendo los pasos de su hija. Emboscado en cierto paraje por donde forzosamente habia de pasar Casilda para ir á la prision, esperó receloso su llegada, y crecieron sus sospechas al ver á la infanta que, trayendo recogido y oculto algun objeto en la falda de su vestido, se encaminaba presurosa hácia aquel sitio.

Detuvo sus pasos la jóven al encontrarse de improviso con su padre. Suspensa y cortada, temiendo los efectos de su enojo, no se atrevia á decir una palabra: mientras que el rey moro, que en aquella turbacion no veia mas que una prueba de lo que sospechaba, se acercó á ella disimulando su cólera, y la preguntó:—¿Dónde vas tan presurosa, Casilda? ¿Tan temprano has salido á cojer esas flores?

Al decir estas palabras señalaba hácia los ocultos dones de la caridad que la infanta encubria en su regazo, mientras que la tímida jóven, animada entonces por un movimiento interior, contestó resuelta: «que sí, que eran flores las que allí llevaba.»

—Tambien á mí me gustan las flores, dijo Aldemon, y mas si son cogidas por la mano de mi hija. Veámoslas.

Y sin poder refrenar su impaciencia estendió su mano y desplegó la falda de Casilda. ¡Cuál fué el asombro de esta al ver que los pedazos de pan, que allí habia puesto para los cautivos, se habian convertido en rosas y otras flores de las mas bellas del jardin!

El rey moro, despues de haber aspirado el perfume de aquellas flores,

se retiró resuelto á dar pruebas de su enojo á los que se habian atrevido á calumniar á su hija.

Casilda, apenas se retiró de su padre, cayó de rodillas, y atónita á vista de tan manifiesto prodigio, adoró humildemente al cielo que tan señalada muestra le daba de su proteccion, y que no podia ser otra cosa que el Dios á quien adoraban sus queridos prisioneros.

Al ver que el pan habia vuelto á recobrar su primitiva forma, se dirigió presurosa á repartirle entre los cristianos, á quienes hizo derramar lágrimas la relacion de lo que acababa de suceder y el oir declarar á la infanta que desde aquel momento ya era cristiana como ellos, y que estaba pronta á dejar padre, patria y corona para ir á cualquiera provincia cristiana donde pudiese profesar libremente su creencia.

Los cautivos, gozosos con tales nuevas, entonaron un himno en accion de gracias al Todopoderoso, y aconsejaron á la piadosa infanta, que para lograr su designio solicitase la proteccion y auxilio de los valientes caballeros de Castilla. Casilda, sin embargo, no aprobó aquellos medios violentos, ni los que pudiesen disgustar ni comprometer á su padre. Así es que resolvió pedirle buenamente licencia de pasar á Castilla, por mas que tan estraña peticion pudiera llevar en sí misma su repulsa. Tenia la jóven un pretesto para cohonestar su deseo, y era el de mejorar su salud, que así por inspiracion divina, como por las noticias é informes de los cautivos, era evidente no podia mejorarse si la bella infanta no pasaba á bañarse en los lagos de San Vicente que estaban junto á Bribiesca, tan celebrados en toda Castilla como el mas eficaz remedio para el achaque de que adolecia.

Escuchó el rey moro la pretension de su hija sin manifestar estrañeza, porque habia resuelto no disgustarla en nada. Concedió desde luego la licencia que le pedia; pero advirtiendo que se necesitaba el beneplácito del rey de Castilla, por cuyos Estados habia de pasar. Reinaba entonces en Castilla Fernando I, apellidado el *Magno*; y este monarca así que supo lo que la princesa de Toledo deseaba, contestó que viniese enhorabuena á sus Estados donde seria recibida y festejada segun lo que á su persona era debido.

Grande fué el gozo de la princesa así que fué sabedora de las ofertas del rey cristiano, y preparó al punto su partida; pero Aldemon que veia frustrados sus designios, dispuso, para que su hija desistiese de su propósito, una ceremonia con que creia detener y deslumbrar á la doncella. Convocó á todos los gobernadores y magnates del reino para que asistiesen á la jura y proclamacion de la infanta Casilda como heredera del trono. Hubo con este motivo suntuosas fiestas, danzas y juegos de cañas; pero la virtuosa infanta, á quien no deslumbraban aquellas

demostraciones mundanas, tomó el partido de ausentarse secretamente antes de concluirse las fiestas, y así lo hizo acompañada de los cautivos, cuya libertad habia obtenido.

Cuando participaron á Aldemon la marcha de Casilda, lejos de impacientarse, como todos esperaban, no hizo mas que espresar su pena y esclamar como si obedeciese á un secreto convencimiento: ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

No sin muchas fatigas llegaron Casilda y sus compañeros al sitio apetecido, donde apenas los virginales y delicados miembros de la ilustre viajera se pusieron en contacto con las aguas, cuando no solo sanó del flujo de sangre que le molestaba, sino que redobló la virtud de aquellas cristalinas ondas contra esta clase de dolencias. Entonces fué cuando Casilda declaró abiertamente el deseo de hacerse cristiana, renunciando á su patria, corona, honores y riquezas que la esperaban, para quedarse en aquel áspero sitio, haciendo vida humilde y penitente. Repartió liberalmente entre su comitiva todas las joyas y galas que consigo habia traido, sin reservar mas que lo necesario para construir una modesta capilla ó ermita en el mismo paraje donde por antiquísima tradicion se sabia habian sido depositados los restos de San Vicente, mártir, para libertarlos de toda profanacion en la invasion de los árabes.

Allí fué donde vestida de tosco sayal la delicada jóven que estaba destinada á llevar la régia púrpura, y entregada á todo género de mortificaciones la que debia gozar todos los placeres y comodidades que un escelso nacimiento puede proporcionar, pasó sus dias en la oracion y en celestiales contemplaciones, hasta su dichosa muerte acaecida en el año de 1050.

La presencia de Santa Casilda habia convertido en un paraiso aquellas espantosas soledades; antes y despues de su muerte fué frecuentado aquel sitio, no solo por los naturales del país, sino por los peregrinos que de remotas tierras acudian, atraidos por la santidad de aquella mujer, por su abnegacion sublime y por la fama de sus virtudes.

Hoy mismo, á pesar del trascurso de los tiempos, no se pueden visitar sin religioso recogimiento aquellos lugares llenos de piadosos recuerdos, y no falta entre los sencillos naturales quien indica al viajero las rocas solitarias en que la Santa buscó un asilo, quien manifieste el sitio en que bendecia y consolaba á los peregrinos, quien acompañe á visitar la ermita y el altar, quien presente las piedrecitas del contorno, á que se atribuyen propiedades misteriosas, y quien refiera las maravillosas virtudes del lago, siempre lleno de salutíferas aguas, atestiguando la verdad de sus relaciones con la tradicion de padres á hijos y con la fé de sus mayores.

CAPITULO VI.

Mudarra venga la muerte de sus hermanos los siete infantes, matando en desafio á Rui-Velazquez.—Muere tambien doña Lambra, y su cuerpo es arrojado á las llamas.—Bautizase Mudarra y es prohijado por doña Sancha.

Grandiosos fueron sin duda los dos ejemplares que quedan referidos en los artículos anteriores, y es de admirar haya algunos autores que pretendan poner en duda que Almanzor, rey moro de Córdoba, siendo tan buen príncipe, prudente y cuerdo, permitiese que su sobrino Mudarra, é hijo de un católico, fuese á ver á su padre Gonzalo Bustos. Que partió á Castilla Mudarra, es cosa que lo afirman la mayor parte de los historiadores de España, y en especial los mas graves y verídicos.

Llegó, pues, Mudarra á la villa de Salas, donde encontró á su anciano padre Gonzalo Bustos, bastante decrépito por su mucha edad y blanco enteramente el cabello de tantas penas y trabajos como habia padecido; mas parece que remozó con su vista las canas y los años. Con halagos y ternezas le reconoció por hijo, pues aunque no llevara seña ni escrito alguno de la infanta su madre, en el talle, garbo y en el rostro, vió un vivo retrato de los siete que lloraba aun despues de tanto tiempo. El orgullo de Mudarra no le permitia dilaciones al designio de lo que llevaba trazado; juzgaba ya por afrenta ir reconociendo deudos que debian estar ofendidos antes de haberlos satisfecho: tal era la bizarría de su ánimo. Trocó las galas que llevaba en un vestido comun, y así disfrazado y con mas recato y precaucion que de su edad y viveza se podia esperar, dispuso su venganza.

Se puso en camino para la ciudad de Burgos, donde residia su enemigo; esparció la voz de su llegada, y ya sabida, un dia estando Rui-

Velazquez de caza, segun dicen unos, y segun otros que estaba paseándose, se hizo Mudarra el encontradizo con él. La salutacion fué tratarle de traidor y alevoso; dióse Rui-Velazquez por ofendido y salieron luego al campo á cumplir el desafío. Fué mucho el concurso de gentes que les siguieron, llevando Mudarra de reserva su comitiva, por evitar cualquier tropelía que quisiesen hacer con él los apasionados del traidor, que ademas de ser valientes iban bien armados. Dispúsose el combate; y puestos los dos adalidades unos enfrente de otro, empezaron co-



mo furiosos leones á chocar y herirse; mas á pocas idas y venidas, el esfor zado jóven Mudarra derribó muerto á sus pies al traidor RuiVelazquez, y cogiéndole por los cabellos le cortó la cabeza con el alfange: llevósela á su padre para que despicase con ella la lástima y dolori que recibió cuando vió la de sus hijos los siete infantes. Díjole arrogante: «Ahí tienes, padre mio, la cabeza del traidor que alevosamente te injurió cortando la de tus amados siete hijos y hermanos mios, que esto solo, despues de venir á conocerte por mi padre, me trajo á Castilla para vengar tanta injuria; ahora quédate hasta la vuelta, que aun me resta mas que vengar.

Ejecutado esto, se fué á casa de doña Lambra, mujer del muerto Rui-Velazquez; y despues de haberla reprendido sus viles y vengativas acciones, que fueron causa de la muerte lastimosa de los siete

infantes de Lara, la mandó allí apedrear; y despues de muerta, pórque no quedase de ella la menor reliquia, hizo encender una grande hoguera, donde fué reducida á cenizas aquella miserable. Este fué el paradero de una mujer vengativa, que causó tantos males; escarmiento que deben ser ella y su marido para no arrojarse los hombres á demasías por lágrimas y chismes de sus mujeres.

Con esta satisfaccion que tomó Mudarra de las muertes de sus hermanos los infantes se grangeó las voluntades de todo su linaje. Prohijóle su madrastra doña Sancha el mismo dia que se bautizó en Búrgos, y que le armó caballero el conde Garci-Fernandez de Castilla. La ceremonia de que usó para recibirle por hijo, fué notable. Metióle, dicen, por la manga de una camisa muy ancha, y sacóle la cabeza por el cabezon, y dándole paz en el rostro, quedó incorporado y reconocido en su familia, y heredero del señorío de Gonzalo Bustos, que era Salas de Lara. De esta costumbre salió el refran vulgar: entra por la manga y sale por el cabezon: algunos dicen que despues de esta ceremonia fue cuande mató á Rui-Velazquez y á doña Lambra; pero es mas probable lo verificase antes, como se ha dicho, y así lo escribe y refiere el P. Mariana; además, no parece que pueda presumirse de un ánimo tan bizarro como el de Mudarra, dejarse premiar con estas honras sin haberlas ganado primero con sus servicios. Ni el fuego que ardia en su pecho le permitia disfrutar quietud hasta haber ejecutado castigo bien merecido.

Casado luego Mudarra, tuvo un hijo llamado Ordoño, y su nieto Diego Ordoño de Lara fué el que peleó con los hijos de Arias Gonzalo, los cuales los desafiaron para vindicar á su patria del infame borron que la empañaba por la traidora muerte dada al rey D. Sancho, que le mató Bellido Dolfos con un venablo.

En el claustro del monasterio de San Pedro de Arlanza se muestra hoy dia el sepulcro de Mudarra, sobre el mismo lugar que fueron sepultados sus hermanos los siete infantes de Lara.

FIN.